III

Ramiro permanecía plantado, tranquilo, despreciativo, y más blanco que su corbata, esperando al antiguo *inseparable*.

El que nunca hubiese visto cómo ocurre un lance en un salón, se admiraría de seguro, al advertir que se puede provocar con tan pocas palabras, dichas en voz tan baja y sin que las acompañe ningún ademán violento.—De los dos hombres que, poseídos de furia mortal, se medían con inflamados ojos, el más sereno era sin duda Ramiro; la razón es bien sencilla: traía premeditado y calculado el conflicto, como diestro mecánico que prepara el juego de un resorte, mientras Alfonso tenía en contra suya la sorpresa, la rabia y el desairado papel del marido á quien todos han visto ultrajar.

Porque Alfonso no podía dudarlo; el movimiento de Dávalos había sido notado por el grupo de la puerta, y en especial por el insigne fisgón Cetina; y lo que más enloquecía al enamorado esposo era el que Ana, en vez de

indignarse, se hubiese vuelto, con la sonrisa del placer en los brillantes ojos, y el carmín de la alegría en las mejillas juveniles. ¿Era posible tanta infamia? ¿En dos horas de conversación se rinde así una mujer, no ya Ana, su Ana, sino otra, cualquiera? ¡Condenación y muerte! Alfonso oía el ligero castañeteo de sus dientes apretados.

Y no obstante, al encararse con Ramiro, se aplanó. Aquel ofensor era un ofendido; aquel burlador, un vengador, cuyos justos móviles mejor que nadie entendía la Cueva, y cuya presencia sola era para él un castigo. Mientras Dávalos esperaba arrogante y desdeñoso, la Cueva avanzaba perdiendo á cada paso el vapor de cólera que le sostenía. Quedóse en pie, amenazador aún, pero falto ya del irresistible empuje que presta la razón al que la tiene. El primero que rompió á hablar fué Dávalos:

—¿Qué traes, Alfonsillo?—preguntó con voz que silbaba como una culebra, y en que la entonación del desdén al pronunciar el diminutivo era maravillosa obra de arte; tanto, que logró devolver al interpelado su primer brío, haciéndolo exclamar con ahogada ira:

—Lo que traigo te lo diría de distinta manera, pero te vale que aquí no es sitio á propósito...

—Pues vamos á otro—respondió con naturalidad y sin alzar poco ni mucho el diapasón Ramiro, haciendo á la atónita señora respetuosa cortesía, algo ceremoniosa y exagerada quizá.

—Vamos,—confirmó Alfonso, tratando de

pasar al salón y sin poder conseguirlo, porque una onda de gente, azuzada por la curiosidad, que cunde como el reguero de pólvora, se amontonaba allí. Más resuelto Dávalos, hizo un quiebro, enjaretó por la otra puerta su cuerpo flexible y resistente de *sportman*, salió á la sala, y con desembarazo se dirigió á la antecámara, donde un criado, habiéndole visto de lejos, ya buscaba su abrigo y se lo presentaba extendido por los hombros.

Al hallarse detenido por una pared de cuerpos humanos, Alfonso reflexionó, y creyó ver claro que sin Ana no podía marcharse. ¿Por qué? El mismo no acertaba á definirlo, pero marcharse sin Ana le sonaba á inconveniencia enorme. La verdad es que ni esta idea ni las otras se precisaban mucho: en la cabeza de Alfonso rodaban, se entrechocaban y se herían, á guisa de encarnizados combatientes. Sorpresa, espanto, rabia, dolor de celos repentino, agudo y furioso, y en medio de todo otro sentimiento nuevo, extraño, que aún no se delineaba bien y sólo revestía forma cautelosa.—«Esta es una red, una trampa para cazarme»—pensaba, revolviéndose como la alimaña montés que efectivamente ha caído en el lazo. Y cazado estaba, no lo podía dudar. Las sonrisas, los cuchicheos, las ojeadas entre susto y malignidad de las damas, la cara repentinamente grave de los hombres, la oficiosidad del *vigía*, que se pegó á él y á Ana con mil preguntas y otros tantos ofrecimientos vagos é impertinentes, bien probaban que entre los tertulianos de

Lanzafuerte nadie ignoraba ya el caso, con todos sus picantes pormenores y su gravísima trascendencia.

Una sola persona, una no más, incapaz de darse cuenta de lo acontecido, permanecía asombrada, herida de estupor. Ya se comprenderá que era Ana, en quien se fijaban todos los ojos con avidez burlona ó compasiva. ¡Vamos, que no se estrenaba mal la Monclaritos! ¡Para primer salida, menudo escándalo! El rum rum, desde el salón, llegaba ya al gabinete del tresillo, y las cabezas calvas como perillas de balcón y los moños complicados donde chispeaban los brillantes, se volvían, desatendiendo el juego por comidilla más sabrosa. De algún ángulo se oyeron salir dos ó tres carcajaditas ligeras, reprimidas instantáneamente. Un hombre, Perico Gonzalvo, satélite de Dávalos, levantó un instante la voz en repentina disputa. La dueña de la casa, la misma marquesa de Lanzafuerte, aprovechándose de que la correspondía dar, se levantó, y con cuanta prisa pudo corrió á ver qué le pasaba al sobrino. El sobrino ya estaba pidiendo el abrigo de su mujer, y ésta, pasando del asombro al azoramiento y del azoramiento al terror irreflexivo, se ponía atropelladamente la preciosa mantellina, y sin esperar á que la ofreciesen el brazo, bajaba las escaleras á escape, en su afán de quedarse sola con Alfonso y preguntarle qué pasaba. Pero al instantáneo rodar de la berlina, cuando el lacayo posaba la mano en la portezuela para abrirla, Alfonso dijo á su mujer con voz alterada:—

«Vete á casa y espérame»;—y en la esquina del caserón, en la zona de luz de la farola, vió Ana destacarse la gallarda silueta de Dávalos. Arrancó la berlina. El corazón de la dama saltó en el pecho. Si comprendió á medias tan sólo, alarmóse completamente: adivinó el lance, y lo adivinó terrible, peligroso, mortal. El mismo temor la paralizó: quería tirar del cordón para que el coche se detuviese; pero el cochero, por descuido, no lo llevaba puesto. Hirió con la mano los vidrios; el retemblido del carruaje cubrió el estrépito de los golpes. Gritó entonces sacando la cabeza de la portezuela, y al cabo fué oída.—«Vuelva V. á la casa de la señora marquesa...» —El cochero obedeció dando un codazo al lacayito, y al pararse los caballos, con gran resbale de herraduras, ante el viejo palaciote de Lanzafuerte, Ana, antes que llegase á saltar del coche, vió á su marido que volvía y á Ramiro Dávalos que se alejaba.

—¡Alfonso, Alfonso!

—¿No te dije que me aguardases allá?—contestó él duramente, entrando y dejándose caer en los cojines.

La conversación que se entabló fué á voces, porque el ruido del coche no permitía entenderse en tono natural y moderado.

—¿Qué pasa? A ver si me entero, hijo. .

—Pues tú eres quien mejor lo sabe—exclamó el marido con atroz retintín.

—¡Yo! ¡Yo! ¿Por qué?

—Tú... ¡Está bueno! Cualquiera pensaría que el beso fué á mí.

—¿El beso? ¿Pero te has vuelto loco? ¿Qué beso?

—¡Vamos, hija, no me apures la paciencia! No acostumbro tratar mal á las mujeres..., y á tí..., á tí, menos, aunque hoy... ¡Quién me lo diría!

Y Alfonso rió nerviosamente.

—¡Fonso, alma mía..., mira que no te entiendo!... ¡que no te entiendo...! ¡Parece como si tuvieses alguna queja de mí... Habla claro; que nos expliquemos, por Dios y su santa Madre!

Cual si se prestase al deseo de la dama, la berlina rodó más despacio por la entonces solitaria calle Mayor, y Alfonso, sintiendo lo cariñoso de la insistencia de su mujer, se enterneció, y exclamó casi con lágrimas en la garganta:

—¡Ana..., si no fuese porque otros lo vieron..., yo creería que era sueño ó chifladura mía..., que Ramiro Dávalos te besó en un hombro!

—¡A mí!..., Fonso... ¿A mí?

—¡Claro que á tí!... Si fuese á otra... ¿qué me importaba?

Y la Cueva cerró los puños y ocultó el rostro en el mullido rincón del coche.

—Pero ¿cuándo?... ¿cómo?... ¿en dónde pasó esa atrocidad que dices?—gritó la dama, ya recobrados su energía y aplomo para protestar.

—¡Si bien lo sabes!... ¡En el comedor... cerquita del nicho de las lozas!

—Alfonso—exclamó la señora rehaciéndose y revelando en su acento gran energía—suspendamos esta conversación hasta llegar á casa. Apenas nos oímos; tenemos que gritar, y pueden los cocheros... Dentro de diez minutos... silencio ahora.

Calló Alfonso y esperó, muy fosco y cabizbajo. La escalera del hotelito no la subieron del brazo, sino ella delante, pálida y silenciosa, y él detrás, no menos sombrío. La doncella, que velaba, se presentó dispuesta á hacer su oficio desnudando á la señora; despidiéronla, y se fué pensando para su sayo:—«Cosas de novios».—Alfonso corrió á echar la llave del salón, que con un gabinete, un cuarto de tocador y el espacioso dormitorio, formaba el departamento de Ana; y volviendo hacia su mujer, que aguardaba de pie, recostada en la chimenea aún tibia, murmuró sordamente:

—Ya no tenemos escuchas.

—Mira, Fonso—dijo Ana irguiendo la cabeza y fijando en su marido los irradiadores ojos.—Al casarme no sé si te quería ó no, porque como es uno tan inocente... se me figura que no tiene aplicación á aquel tiempo la palabra *querer*. Ahora sé de fijo que...—la voz de Ana se humedeció,—que te quiero... y basta. Mientras te quiera así... no pueden suceder barbaridades como esa que dices. No concibo, sintiendo lo que siento, que tengas ni asomo de celos, cuanto más... Bueno: pues siempre que me ocurrió el temor de que tú te celases por cualquier motivo... ¡porque no creas que no me ocurrió! ¡yo soy muy cavilosa! pensé que no debía defenderme, sino sólo darte mi palabra

de honor de que tus celos eran infundados, y si esto no te bastaba y sobraba...

Y terminando el período con la acción, Ana, majestuosa y sencilla, echó á andar camino del gabinete.

Alfonso, conmovido ya, la detuvo.

—Hija... ¡Pero atiende! ¡Eso de la palabra de honor... es bueno para nosotros!

—No—repuso Ana—nunca lo he creído; nuestro honor consiste en lo mismo que el vuestro: en la lealtad y la sinceridad. Nuestro honor lo mancha también la mentira. Yo te aseguro, bajo palabra de honor, que todo cuanto dijiste sobre un desmán de Ramiro Dávalos conmigo, me coge tan de nuevas, que me parece invención ó broma de mal gusto. Y no sé más ni me disculpo más.

—Pues yo, bajo palabra de honor, te aseguro también que he visto á Dávalos, estando tú de espaldas, permitirse el desmán... y lo peor es que como yo lo ví lo vió Cetina, y como Cetina media docena, que equivale á verlo toda la tertulia, que equivale á ver cosas aún peores todo Madrid. Y tú te volviste con cara muy placentera, en vez de sorprenderte ó de indignarte...

Ana no respondía: reflexionaba. Su pie, flexible dentro del calzado de raso perla, hería impaciente uno de los remates dorados del guardafuego.—Una arruga honda plegaba su ebúrnea frente. Sus labios temblaban.

—No tengo que añadir sino que tal desmán no llegó á conocimiento mío... Y el caso es que

no creo que te propongas... matarme ó volverme loca por gusto, inventando esa historia. Escucha... ¡di la verdad! ¿Teníais tú y Ramiro algún disgusto anterior? ¿Le interesaba á Ramiro, por cualquier motivo, ponerte en evidencia ante el público? Porque ya me extrañó bastante aquello de pegarse á mí toda la noche, de no soltarme, de obsequiarme con tanto empeño... Y al mismo tiempo que me acosaba, no me decía sino insulseces indiferentes y cosas muy formales, como si en vez de hablar con una mujer joven hablase con un señor machucho...

A medida que Ana se expresaba así, la cara de su marido se iluminaba como si el sol barriese de ella un densísimo nublado: sus pupilas, antes siniestramente turbias, destellaban amor y contento; sus brazos se tendían, sus rodillas se doblaban. Cayó en el sofá más próximo á la chimenea, pero arrastrando consigo á Ana, á quien había cogido fuertemente por la cintura. Palabras inarticuladas y un dulce silencio completaron la reconciliación.